

los contrincantes, en su fervor por precisar sus posiciones epistemológicas, ignoran olímpicamente los libros y artículos «nativos» sobre Monteroso, como el hecho de que el ensayo de Millington se publicó primero en español, para un público cuya opinión podría importar. La ironía de reproducir andamiajes postcoloniales para privilegiar modelos teóricos obtusos no se le escaparía al más universal de los autores guatemaltecos contemporáneos.

De la misma manera, la historia literaria no sabe qué hacer con lo inmediato, con el éxito instantáneo, el *best-seller*, la novela rara y atípica, el género que se autoparodia. Si en un momento las historias literarias no sabían si ocuparse o no de las obras que discuto, con la tan mentada época de la reproducción mecánica, el problema es mayor. Por ejemplo, la novelita *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* (1991) de Senel Paz en este momento es más importante para la historia del cine por *Fresa y chocolate*, versión fílmica del recientemente fallecido Gutiérrez Alea, que para la historia literaria. No es menor la consideración de que ambas representaciones traten la importancia del papel de la elección sexual, su contribución a la revolución, y la reacción de ésta.

### *Arma virumque canon*

Respecto al canon del siglo por terminar, y estos textos que en varios momentos la historia literaria reciente ha leído como novela hispanoamericana, hay por lo menos tres cañones interpretativos que apuntan hacia el continente, aunque no siempre den en el blanco. «¡Destruimos los cánones, destruimos los cánones!» es el grito de guerra en esa tríada, o los tres hacen elegías al canon. Nunca se discute el detalle, el soldado raso en ambas posturas. Las imágenes castrenses no son gratuitas, porque en esas guerras interpretativas salen mal heridos varios componentes de la literariedad: desde autores, críticos y periodistas, hasta editores, proyectos editoriales, librerías, publicistas, historias literarias e incluso congresos. Tanto muerto y herido por el simple hecho de lo que se cree «buena» novela en Europa, Estados Unidos y en Nuestra América no siempre es lo mismo. La batalla por construir una narración o gran relato de todo esto no es menor.

Como estamos viendo en estos días, es imposible dar cuenta de las implicaciones de este asunto, y el disperso título de mi ajuste alude a esa imposibilidad. El hecho es que nunca te echan del canon, simplemente no te dejan entrar. A veces te aceptan después de muerto, de acuerdo al último grito teórico, sea éste autóctono o no. O te admiten o te excluyen por

haber escrito una sola novela, como es el caso de Martín Adán y su *La casa de cartón* (1928). Y tal vez deba ser así, porque ninguna persona razonable y letrada (por lo menos al fin de este milenio), podría argüir convincentemente que el canon no es flexible, o que los criterios que se emplean para elaborarlo deben servir para fijarlo. Lo que sí es claro detrás de todos estos enredos es que hay una horrenda e ingeniosa política de la interpretación, una imperiosa construcción de genealogías clasificatorias exclusivistas. Aquí analizo para un género las pautas de la dinámica de sus interminables guerras.

En su acepción original, el canon (gr. *kanon*) era una varilla o junco; regla o ley en el sentido moderno. De acuerdo a la menos religiosa tradición postmoderna, el canon puede ser calibrado para ser lo que mejor ataque a cualquier tradición que quiera atacar un crítico particular, desde «obras maestras» o «monumentales» a «transhistóricas». Es, como se va viendo, un monolito modular que no quiere admitir la lucha por el poder que lo funda (véase la variedad de encrucijadas en De Paepe et al.). Después de todo, la novela hispanoamericana era postmoderna antes de que la crítica la aclamara como tal. Consecuentemente, si se va a renovar el canon, los académicos autollamados progresistas tendrán que presentar un nuevo capital como constitutivamente diferente del capital plasmado en el conocimiento técnico y profesional (Guillory 54).

En el mejor de los casos los académicos se permiten el paso de valores y sitiales interpretativos a una pragmática incompleta. La tensión entre los roles que Mignolo llama vocacionales y epistémicos no tiene efecto más allá de artículos como los de esos académicos y el mío. Esa es nuestra verdadera comunidad interpretativa, y creer que es más es engañarse o vivir de sofismas. Me detengo en la discusión de Mignolo por su importancia para la delimitación de los campos contrincantes respecto a los cánones que cruzan límites y a quién pertenecen. Debido a que se publica en inglés, en una revista de difícil acceso a la crítica hispanoamericana *in situ*, reproduzco una de las conclusiones importantes de Mignolo:

La historia de la historiografía literaria en América Latina es tal vez un ejemplo sorprendente de la formación y supresión del canon debido a la fricción entre colonialista y colonizado que surge de sus características plurilingües y multiculturales. El canon hispano-americano fue construido sobre un lenguaje «estándar» y un juego de criterios estéticos arraigados en los conceptos de «poesía» y «literatura» del colonialista (21).

La realidad es que esta evaluación reproduce los argumentos a favor y en contra de cualquier canon basado en la literatura de Occidente. Su importancia yace más en lo que revela sobre las tensiones que influyen a

la crítica y el público (¿en última instancia, para quién escribimos?) al cual se dirige<sup>7</sup>.

Sensatamente, Mignolo propone reemplazar las preguntas normativas respecto a la (trans)formación del canon con preguntas explicativas acerca de las condiciones bajo las cuales los cánones se forman y transforman (13). Ya que supone al principio que la formación y transformación del canon están relacionadas con la preservación, reconocimiento y toma de poder (2, n.1), no es arriesgado añadir que esa postura se refleja en la crítica que emplea un lenguaje «mayor» para cooptar una literatura menor. Mignolo reitera que «las discusiones en torno a la formación y transformación del canon se deben al hecho de que nos es difícil distinguir nuestros papeles vocacionales de los epistémicos y, por consecuencia, desarticular las preguntas normativas de las explicativas» (14).

La respuesta a Mignolo y su noción de la ubicación epistémica es cuestionar el «nosotros», y ver el canon menos en términos de la representación de grupos sociales que en la distribución del capital cultural, especialmente si se considera las instituciones que regulan las prácticas de la lectura. Los académicos frecuentemente convertimos nuestra marginalidad en fetiche, y nos creamos la fantasía de que rehusamos ser cómplices de la cultura dominante, o de seguir las corrientes de moda. Nuestra insistencia en la marginalidad en verdad sólo sirve para reforzar la centralidad de los cánones a los que nos oponemos. Lo que emerge y persiste después de esas destrucciones es un canon más secreto, de interlocutores privilegiados y valorizados (Gorak 245). Dice éste: «Todavía hay algo curioso acerca de una vanguardia intelectual tan ansiosa de desmitificar todos los instrumentos públicos de valorización cultural a la vez que dejan sus propios recursos de valor sin declarar y latentes» (*Ibid*).

La crítica preocupada por el multiculturalismo debe apreciar la frivolidad y utilidad de los accidentes de la interpretación literaria. Recordemos el caso de Enrique López Albújar. En los 94 años que vivió (1872-1966) llegó a ser más conocido por sus *Cuentos andinos* (1920) que por su novela *Matalaché* (1928). Ésta, cuyo subtítulo es «novela retaguardista» quería ir contra la corriente que iba contra la corriente. Tan importante como el hecho de que el realismo de esa novela se opone al vanguardismo son el momento en que se escribe e instala como «primera novela negrista» en el Perú, como el hecho de que muestre que el deseo es más fuerte que el prejuicio racial y de casta social. Por otro lado, es pertinente que por su longevidad, López Albuja haya apoyado inicialmente el nacionalismo vernacular del modernismo para pasar al universalismo, y volver al primero con *Matalaché*, su obra de madurez. El hecho es que así como se puede probar qué es el canon oficial, se puede probar fácilmente que las obras

<sup>7</sup> Respecto a una teorización del canon, existen pocas referencias concentradas en el ámbito hispanoamericano. Lo más conciso y pertinente por el uso que se hace de crítica foránea para deducir cómo y quién interpreta a quién y qué, es la revisión de teorías del canon en la obra de Ernst Gombrich, Northrop Frye, Frank Kermode y Edward Said elaborada por Gorak. Como se notará, me parece más convincente el enfoque de Guillory, quien parte de Bourdieu y su noción del capital cultural. Del primero véase sobre todo su primer capítulo, «Canonical and Noncanonical: The Current Debate» (3-82), porque es difícil transplantar sin grandes salvedades sus discusiones de autores del campo cultural angloamericano a nuestra literariedad.

no canónicas siempre podrán ser vistas como las que expresan valores que son transgresivos, subversivos, y antihegemónicos (Guillory 20).

Casi la misma situación se da con Enrique Amorim y su primera novela corta, *Tangarupá* (1925), cuyo naturalismo «modernista» era fuera de serie para las formas novelísticas progresistas del momento, a pesar de que el adulterio y la aberración sexual representadas, como el hecho de que triunfen las mujeres, atraerían a una crítica contemporánea. Es decir, la literatura periférica no obedece a generaciones artificiales, aunque a veces las posibilita. Las formas que vengo discutiendo no han hecho su marcha triunfal en la esfera académica. Si es posible que los académicos logren transmitir un legado más heterogéneo a sus alumnos (una clase de por sí privilegiada por heredar el capital cultural), entonces «no parece ser la estrategia más efectiva para la izquierda que le ceda a la derecha la *definición* del capital cultural; pero esto es exactamente lo que hace el multiculturalismo cuando entrega a la derecha las obras canónicas, cuando acepta su caracterización del sílabo canónico como elemento constitutivo de una cultura occidental unificada y monolítica» (Guillory 47, su subrayado). Es decir, y como se nota con López Albújar, Arévalo Martínez, Adán y otros, no toda conexión entre textos novelescos es una alusión deliberada o influencia, aunque cada una de ellas pueda ser significativa para un entendimiento de cómo la novela cabe en el esquema del multiculturalismo.

## Conclusión

Dentro de la posibilidad de estudiar estas formas como víctimas del desden crítico sobresale naturalmente la alternativa de examinarlas selectiva e individualmente en términos de la vanguardia, el *boom*, y ahora el difuso *postboom*. Estos son problemas que tienen más que ver con la tendencia crítica de encasillar más que con los contratos miméticos que permiten los textos. Insisto en que las fugas del canon y la historia literaria los abarcan, porque desde ellos se problematizan o tergiversan los géneros, leyes y principios de la literatura mayor. Respecto al canon, y manteniéndose en la periferia filosófica de los problemas que conlleva, Kermode dice: «Uno de los factores que asegura la falibilidad de un sistema es el reconocimiento de que toda observación depende de presupuestos teóricos; porque estos varían de época a época, de una comunidad interpretativa a otra, e incluso de un individuo a otro» (82). Es decir, si pensamos en la historia de las formas *novelísticas*, los textos que he examinado proveen una base concreta para rechazar la historia normativista. A su vez, la forma del canon pertenece al proceso de la reproducción de las relaciones